

guaje oficial; pero nosotros, por nuestra parte, ¿no estaríamos obligados a responder: imperio indio o no imperio indio, no podemos quedarnos sin Shakespeare? De todos modos, el imperio indio se irá algún día; pero este Shakespeare no se va; se queda para siempre con nosotros; no podemos renunciar a Shakespeare!»

Lo que dice Carlyle de Shakespeare podemos repetir los españoles de Cervantes. Mejor dicho, podemos afirmar: Nuestro imperio no existe ya políticamente; las viejas colonias son independientes unidades políticas. Pero la unión no está aún totalmente rota. Un español va a América y halla allí la vida más semejante a España. Un americano viene a España y se encuentra aquí con una vida que en ninguna parte del mundo será tan parecida a la suya. No sólo por las costumbres, que forman como el ropaje de los pueblos. La razón es otra y más íntima: lo que les vincula es el idioma. El imperio español subsiste, espiritualizado, despojado de lo que en él había de violento y opresivo. Mejor que imperio sería decir que lo que queda es una federación ideal de pueblos. Y el presidente o emperador de esta federación sigue siendo Cervantes, un emperador por consenso democrático de todos sus súbditos, un emperador de origen popular.

Un idioma común es instrumento de paz. El mismo Carlyle lo indica en su ensayo sobre Shakespeare: «Inglaterra, antes de mucho, esta nuestra isla —dice— no dominará sino sobre una pequeña fracción del inglés; pero en América, en Nueva Holanda, al Este y Oeste de los mismos antípodas, habrá un reino de la lengua sajona que abarca grandes espacios del globo. Y bien, ¿qué es lo que puede unirlos a todos virtualmente en una nación, de suerte que no se separen y luchen, sino que vivan en paz, en fraterno intercambio, ayudándose unos a otros?» Shakespeare, responde Carlyle. Cervantes, decimos nosotros pensando en él como el símbolo de unión y paz de todos los pueblos de lengua española. Muchas veces las naciones se trenzan en guerra por no hablar el mismo idioma, por no entenderse bien, por interpretar torcidamente el pensamiento ajeno, por no poder hacer inequívocamente inteligible el propio. Dos pueblos que hablen la misma lengua arreglarán sus diferencias con mayores probabilidades que dos que estén separados por la muralla de un idioma distinto. De aquí la enorme importancia de que conserven el español los numerosos países que lo hablan, pues al hacerlo contribuyen a una política de concordia y mutua inteligencia. Cervantes es el mejor diplomático entre los pueblos que hablan su lengua,

como lo es Shakespeare para los países de habla inglesa.

Pero no sólo desde un punto de vista práctico hay que velar por el idioma de origen. Todo idioma, aun el más pobre, el más rudimentario, es siempre un tesoro espiritual, un valioso documento en la historia del hombre. Con mayor razón lo será, por lo tanto, un idioma trabajado durante siglos, una lengua en la cual están escritas algunas de las obras más sustanciosas de la humanidad. Encontrarse al venir al mundo con un idioma como el español es una fortuna más grande de lo que a primera vista parece. Se dirá que tanto o mayor fortuna se tiene encontrándose con una lengua como la inglesa. Así es, en efecto; pero ocurre que un pueblo que ha venido hablando un idioma durante siglos, no puede cambiarlo por otro de la noche a la mañana. Se dan casos individuales de hombres que aprenden, hablan y escriben un idioma extranjero; más de un americano, por ejemplo, escribe obras literarias en francés; pero nunca con la fuerza, con esa energía íntima que sólo se halla en el idioma propio, en el que uno ha mamado, como suele decirse. Y en todo caso, son ejemplos aislados inaplicables a todo un pueblo. Un país no cambia de idioma sino al cabo de muchos años, de siglos. Y mientras dura ese proceso, su instrumento de expresión es bárbaro, inútil para ninguna alta obra del espíritu. Recuérdese lo ocurrido al descomponerse el latín, que era lengua apta para expresar las

mayores sutilezas mentales: pasaron varios siglos antes de que el francés, el español y el italiano sirvieran para la creación de grandes obras espirituales.

Algo de esto, de este caos filológico, se observa también en algunas repúblicas americanas, las más favorecidas por la emigración europea no española. La mezcla de varios idiomas está engendrando un extraño producto disonante e inexpressivo. Desde luego, la evolución de las lenguas es algo inevitable, fatal: tienen que vivir absorbiendo elementos extranjeros y segregando propios. Pero hay una gran diferencia entre dejar que el proceso evolutivo se desenvuelva arbitrariamente, con la indiferencia de un fenómeno natural, o dirigirlo discreta y sabiamente. Lo primero puede conducir a una absoluta desnaturalización del idioma; lo segundo, a su enriquecimiento.

Por todas estas razones es tan profunda y necesaria la tarea de conservar el idioma de Cervantes frente los asaltos de otras lenguas extranjeras. Y no sólo conservarlo, sino infundirle fuerza expansiva y utilizarle como instrumento federativo entre todos los pueblos que lo hablan. En la Universidad de Londres acaba de crearse una cátedra de Cervantes. Esta conquista pacífica en Europa, ¿no debe servir de ejemplo y estímulo para defender, también pacíficamente, los inmensos territorios americanos donde Cervantes es emperador del espíritu?

(España, Madrid).

España tiene que volver a descubrir América

Por FRANCISCO GRANDMONTAGNE

[Francisco Grandmontagne es un escritor español distinguido. Ha pasado mucho tiempo en la República Argentina. En la Península disfruta de gran estimación. No hace mucho Azorín y otros escritores y artistas de Madrid lo festejaron con una fiesta castiza, con una comida en la posada del Segoviano. Se leyeron entonces el discurso de Grandmontagne y las otras piezas que luego verá el curioso lector].

Amigos y cofrades:

EN forma literaria, que a la suprema destreza de expresión une el vivo calor del espíritu, movido por el afecto a mi persona, digna, eso sí, de ser querida, pero no admirada, me ofrecéis un agasajo a la usanza clásica, en un mesón o aparador que ostenta en sus muros, cabríos y paredones, la venerable pátina de los recios siglos de Castilla; recios por su acción unificadora nacional, y más recios aun porque, desde esta meseta gloriosa, a manera de trampolín formidable, saltó la España toda sobre mares ignotos y nunca surcados para extravasar su espíritu y difundir su verbo por un continente

inmensurable. Obra archiestupenda, amigos míos, que nos salva, en la consideración del mundo, de todas las decadencias en que pudiera sumirnos el más aciago destino.

Considerada así esta obra, ¿cómo queréis que yo incurra en la irreverencia de aceptar el título de embajador intelectual en América, o Adelantado Mayor, como reza la invitación, trazada en una prosa de oro puro, para que sea más patente la evocación de las Indias?

Hace siglos se definió la vanidad como una lente de aumento. Por muy propenso que yo fuera a suponerme agigantado, nunca caería en la locura —no conozco otra mayor— de apelar a